

## PROVINCIA DE SAN JOSÉ

### Los orígenes

El capítulo general de 1938 encargó al consejo general la creación de sendas provincias en Estados Unidos y Venezuela: «Es voluntad del presente capítulo general que las actuales provincias sean subdivididas para conseguir de ese modo el mayor desarrollo y crecimiento de nuestra sagrada orden. Con tal fin comisiona al venerable definitorio general para que estudie el modo de realizar esta aspiración lo antes posible, sobre todo en lo que concierne a la formación de una nueva provincia en los Estados Unidos de América del Norte y otra en Venezuela». La guerra mundial, con sus consecuencias en la economía de la provincia de San Nicolás, impidió la fundación de la última. Pero, una vez terminada la guerra y superada la emergencia postbélica, volvió a ser objeto de deliberaciones en el consejo general.

A mediados de 1948 éste ya estaba convencido de que había sonado la hora de ejecutar la orden del capítulo de 1938, ratificada por el de 1944. Tras recibir respuesta del consejo provincial de San Nicolás, el general de la orden recabó el permiso de rigor de la congregación de Religiosos y de su Consejo y el 1 de octubre erigía la nueva provincia y la ponía bajo la protección de san José. Simultáneamente nombró a todos sus superiores y elevó a vicaría la comisaría del Perú. La solemne promulgación del decreto tuvo lugar en San Millán el día 12 de octubre.

La provincia nació sana, con suficiente número de religiosos, con ministerios variados y consistentes y una economía saneada. En el momento de su creación contaba con 24 casas distribuidas entre Venezuela (15), Perú (8) y España (1); y 99 religiosos, de los que 85 eran sacerdotes; cinco profesos –todos venezolanos– y nueve hermanos, más 35 aspirantes en España y 25 en Venezuela. La provincia de San Nicolás se quedó con 187 religiosos, entre los que abundaban los ancianos y achacosos recién salidos de las penalidades de la guerra.

Pero tampoco a la nueva provincia le faltó su talón de Aquiles. Ni sus cinco profesos ni el número de aspirantes eran suficientes para asegurar su normal desenvolvimiento. La escasez de jóvenes profesos fue una pesadilla que turbó el sueño de sus superiores durante dos lustros. Unos piensan en reclutar niños españoles y enviarlos al seminario venezolano de Palmira. Otros prefieren pedir voluntarios a otras provincias. La realidad no fue tan dramática. La juventud de sus miembros –23 tenían menos de 30 años y 37 frisaban entre los 30 y 40 años– palió los efectos de esa carencia. En 1956, en vísperas de recibir la segunda tanda de neosacerdotes, la provincia todavía contaba con 83 sacerdotes, dos menos que en 1948. En 1958 subió a 89, cuatro más que en 1948. Con todo, la falta de recambio comprometió el desarrollo de la comunidad y la formación de sus miembros; obligó a encomendar responsabilidades directivas a religiosos poco curtidos; y creó un vacío en la provincia que entorpeció el diálogo entre sus miembros, y contribuyó a magnificar los inevitables conflictos generacionales.

### 2. Hacia la consolidación, 1948-1960

Los primeros años de la provincia fueron admirables. Impulsados por un provincial de grandes recursos y conscientes de que el porvenir dependía únicamente de sus desvelos, los religiosos no escatimaron esfuerzos y en pocos años construyeron una comunidad próspera, con buenas casas de formación y buenos ministerios. En 1957 Víctor Hermosilla, recién elegido provincial, se preciaba de que en apenas nueve años la provincia había levantado «casas de formación y residencias que son gozo y orgullo de todos nosotros, templos magníficos y capillas rurales en número impresionante [...]. A pesar de las dificultades inherentes a toda obra que comienza [...], ha mantenido un ritmo constante de desarrollo a lo largo de estos nueve años». Los colegios de Logroño (1952) y Salamanca (1958) y las iglesias de la Virgen de Guadalupe en Caracas, la Consolación de Maracaibo y San José de San Cristóbal del Táchira daban fe de sus palabras.

El padre Víctor hablaba sólo de realidades materiales. Podía haber aludido también a otras realidades más profundas. En las casas de formación reinaba la observancia; en los ministerios, el celo apostólico; y en todas partes, el amor a las cosas comunes y el sentido de provincia que impulsaba a los religiosos a sacrificar sus propios intereses en aras del bien común.

La identidad carismática aparece en el desarrollo de la orden tercera y de la archicofradía de la Consolación, en el fomento del culto a los santos agustinos, cuyas imágenes están cada día más presentes en sus iglesias, en el eco que encuentran las directrices del general de la orden e incluso en la ayuda a los misioneros que pasan por Venezuela en demanda de auxilio.

Interrogantes sobre la asignación de algunos religiosos y apuros económicos de primera hora crearon alguna tensión entre las dos provincias, pero sin llegar nunca a turbar su hermandad ni a

comprometer la amistad que unía a sus superiores. Los dos provinciales habían sido discípulos en Marcilla y Monteagudo. Una carta del provincial de San José, Ángel Sáenz, expresaba con claridad esa situación anímica: «la nueva hija jamás [...] dejará de reconocerle a la madre sus desvelos de tal. Si se pudo o no alargar un poco más la cesión de personal, eso sería cuestión discutible. Y por ahora no se logrará hacerlo valer como materia de contienda». En 1956 y 1957 Marcilla, que ya había acogido a los teólogos josefinos en 1949 y 1953, abrió de nuevo sus puertas a las tandas de teólogos que en esos años comenzaban a salir del noviciado de San Millán.

La primera tarea de la provincia fue la apertura de casas de formación, ya que San Millán. nunca podría proporcionarle personal suficiente. Al principio buscó vocaciones en las tres naciones en que estaba asentada: España, Venezuela y Perú. Mantuvo los seminarios de San Millán y Palmira, ambos reabiertos en 1947, y admitió aspirantes en la parroquia peruana de San Pedro de Lloc. La experiencia peruana apenas duró unos meses, y la venezolana tampoco fue larga. La provincia no estaba en grado de mantener dos colegios apostólicos y optó por concentrar sus esfuerzos en el español. En 1950 Palmira dejó de admitir candidatos y dos años más tarde cerraba sus puertas. La clausura debía haber sido temporal, pero se prolongó durante 20 años justos.

En España la provincia continuó formando a sus aspirantes en el colegio apostólico de San Millán. Pero pronto sintió la necesidad de buscar un emplazamiento más apropiado. En 1950 adquirió un terreno de 62.000 metros cuadrados en Logroño. La construcción del colegio, bajo la mirada atenta del padre Feliciano Alonso, avanzó rápidamente y el 2 de octubre de 1952 el colegio pudo acoger a los estudiantes de San Millán. El 1 de noviembre comenzaban las clases con 176 alumnos, distribuidos en cinco cursos.

Este colegio mejoró el estado de la formación en la provincia, pero no llenó todas sus lagunas. A medida que pasaban los años, aumentaba la urgencia de contar con un centro de estudios teológicos. Con el fin de construirlo la provincia adquirió en Salamanca un terreno a principios de 1952. Dificultades técnicas y burocráticas retrasaron el comienzo de las obras hasta julio de 1956. Dos años más tarde, el 1 de noviembre de 1958, tenía lugar su solemne inauguración con asistencia de las autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad y de la orden. El convento era majestuoso y tenía capacidad para 36 profesores y 146 jóvenes profesos.

También la preparación del cuerpo de profesores fue esmerada y rápida. Ya en 1951 viajó a Roma un religioso para especializarse en teología espiritual y derecho canónico. Y apenas dispuso de sacerdotes jóvenes, la provincia envió a un buen número de ellos a especializarse en las diversas ramas de las ciencias eclesiásticas. En 1967 contaba con 2 doctores, 22 licenciados, 15 bachilleres, 5 lectores y 12 normalistas. También su preparación en las ciencias humanas fue buena.

En Venezuela la provincia continuó la evolución iniciada en la década anterior. Día a día se vuelve más urbana y más autónoma. Urgida por la curia general, se desprendió de las últimas parroquias rurales: Santa Bárbara (1950), San Antonio (1952), Ureña (1952), Tucacas (1953) y Píritu (1954). En adelante todas sus parroquias estarán emplazadas en ciudades, aunque algunas, como las de Coro, Puerto Cabello y San Cristóbal, sigan teniendo importantes apéndices rurales. Durante 43 años, desde 1933 a 1977, los religiosos de San Cristóbal visitaron entre dos y cuatro veces al año, en giras que solían durar unos veinte días, 15 pueblos diseminados por un territorio de unos 2.500 kms<sup>2</sup>.

La provincia, con más medios y más experiencia, no espera ya su futuro de otros y trata de construirse ella misma. Adquiere terrenos y en ellos levanta sus propias iglesias. Todas están abiertas al público, pero sin obligaciones parroquiales, hasta que el vertiginoso crecimiento de la población impuso su transformación en parroquias. De ordinario, la actividad de los religiosos se extiende en seguida a urbanizaciones vecinas y a barrios periféricos, dando origen a nuevas parroquias. Esta orientación, iniciada con la construcción del templo de San Agustín de Caracas, continúa en este periodo con la construcción de las iglesias la Consolación en Maracaibo (1958), de San José en San Cristóbal (1952-57) y de Guadalupe en el barrio caraqueño de Las Mercedes (1953). Al año siguiente ésta última fue declarada parroquia y se convirtió en residencia del provincial.

En Macuto se reemplazó la primitiva iglesia por otra más digna, inaugurada el 14 de marzo de 1955. También la parroquia de Palmira experimentó mejoras notables durante los largos años en que la administró el padre Francisco Frías. La principal fue el colegio parroquial, iniciado en 1948 y confiado a religiosas recoletas diez años más tarde.

Perú corrió peor suerte. De 1943 a 1945 había prestado un gran servicio a la provincia de San Nicolás alojando a dos cursos de teólogos, y la presencia de un buen número de sacerdotes jóvenes prometía días de esplendor, que por desgracia no llegaron a cristalizar. Ya antes de la creación de la provincia varios religiosos habían salido con destino a España, Venezuela y Estados Unidos, con lo que presencia de la orden menguó peligrosamente.

En 1948, al ser erigida la nueva provincia, sólo quedaban en el país 24 religiosos distribuidos en 8 casas. Ambas cifras continuaron disminuyendo a lo largo de la década siguiente. En 1958 las casas eran sólo 4; y los religiosos, 18. El repliegue comenzó en marzo de 1949 con la retirada de la parroquia de

Ayabaca y siguió en diciembre del mismo año con el abandono de Cartavio y Santiago de Cao. En diciembre de 1952 se dejaron San Pedro de Lloc y Pacasmayo; y entre diciembre de 1956 y enero de 1958, la hacienda de Cerro Alegre, en el Valle de Cañete, donde la provincia administraba un colegio desde 1943, y la parroquia de Imperial en el mismo valle. La presencia de la orden quedó reducida a las parroquias de la Magdalena, en Lima; de San Antonio en Arequipa; de Chota y Cutervo, en la sierra; y de San Vicente de Cañete.

La única nota positiva del periodo fue la adquisición en 1957 de un terreno en el barrio limeño de Miraflores, donde en el periodo siguiente surgiría la próspera parroquia de Santa Rita con el colegio homónimo y el primer centro vocacional de la vicaría.

## La hora de la plenitud, 1961-1972

La década de los sesenta fue una década de plenitud. La semilla que con tanta abnegación se había esparcido en la anterior llega a sazón y produce frutos abundantes. Nuevos religiosos robustecen año tras año las comunidades, ensanchan los senos de la provincia y la preparan para afrontar el porvenir. Por doquier reina una atmósfera de fe, de entusiasmo e incluso de euforia. Las vocaciones siguen fluyendo de los pueblos de España, y Venezuela y Perú deparan campos dilatados a su celo sacerdotal. Por desgracia, la euforia terminó por deslumbrar a la provincia y, como ha sido habitual entre los eclesiásticos de los últimos siglos, se limitó a vivir el presente sin someterlo a una reflexión. Dejó pasar la ocasión sin reparar en que las circunstancias económicas y culturales de España y del mundo iban creando modelos que ponían en entredicho los valores tradicionales.

La bonanza vocacional es la nota más característica de la década, aunque en sus últimos años comienza a aflorar un cierto cansancio. El colegio de Logroño sigue admitiendo a unos 85 niños por año. Entre 1961 y 1971 los ingresos se acercan a los 930 niños, de los que 180 llegaron a profesar y 61 alcanzaron el sacerdocio. La perseverancia, aceptable en los primeros trienios de la década, en el último cae a niveles preocupantes. El declive es evidente y la provincia comienza a interrogarse por sus causas. En 1969 el capítulo provincial anima a los religiosos a promover las vocaciones nativas y apremia a los superiores a abrir «una casa vocacional en Venezuela» y a estudiar la posibilidad de fundar otra en el Perú.

Paralelamente se infiltran en las comunidades ideas a veces difícilmente conciliables con la tradición religiosa y, más a menudo, ideas sanas o al menos neutras, pero expuestas de forma agresiva, sin respeto al ritmo de las personas y, en consecuencia, generadoras de confusión y discordia. No pocos religiosos, incapaces de conciliarlas con la educación recibida, se sintieron inseguros, vacilantes en su vocación y vitalmente escindidos, sin fuerzas para tomar decisiones definitivas.

La vida apostólica de la provincia durante la década varía según los años y los países. De los 140 sacerdotes que la formaban en 1967, 45 trabajaban en parroquias, 32 en colegios, 27 en formación y 36 en otros ministerios.

En España el campo apostólico estuvo reducido a la parroquia de San Millán de la Cogolla y a alguna actividad esporádica de los religiosos de Logroño, Salamanca y Madrid.

En Venezuela el apostolado educacional comienza a disputar la primacía al ministerial. Éste es semejante al de la etapa precedente. Se conservan los ministerios anteriores y se aceptan otras parroquias en Maracay, Barquisimeto, Maracaibo y un barrio de San Cristóbal; las iglesias de San José en San Cristóbal (1966), San Francisco en Coro (1966) y la Consolación en Maracaibo (1967) adquieren carácter parroquial. En el apostolado ministerial sobresale la atención a los leprosos. El padre Simeón Díaz continuó sirviendo a los enfermos de la isla Providencia, a la que había llegado en el lejano 1926.

La educación formal va cobrando importancia a medida que avanza el decenio. Al colegio *Fray Luis de León*, abierto en 1941, se sumaron los de *Santo Tomás de Villanueva* y *Cristo Rey*. Ambos comenzaron sus actividades en el periodo anterior, en 1954 y 1957, respectivamente, pero sólo en éste consiguieron afianzarse. Su matrícula ascendió de 1.345 alumnos en 1960 a 3.445 en 1970.

En Perú el mapa de la provincia experimentó cambios notables. Entre 1963 y 1971 sus religiosos ascienden de 21 a 43 y los ministerios de 6 a 14. En 1962 sale del Valle de Cañete, en el que había realizado una buena labor desde 1947. En cambio, fortalece su presencia en Lima y Arequipa, se establece en Chiclayo (1964), donde no tardará en dedicar una hermosa iglesia a Nuestra Señora de la Consolación, y, sobre todo, ingresa en el campo misional al aceptar la prelatuza de Chota, erigida el 7 de abril de 1963.

La provincia entró en Chota con entusiasmo, dispuesta a «emplear en ella una buena parte de su personal y de sus energías». En 1964 ya trabajaban en la prelatuza 14 religiosos, casi todos en la plenitud de la edad. En 1970 subieron a 17; y poco más tarde, a 23. A las parroquias de Chota y Cutervo se sumaron las de Sócota (1963), Huambos (1963), Querocoto (1965), Llama (1966), Tacabamba (1967), Querocotillo (1967), Santo Tomás (1968), Pimpincos (1969) y Cochabamba (1969).

El prelado puso particular empeño en la promoción vocacional. Al año de su llegada a Chota ya tenía encargados los planos del seminario menor. Lo inauguró en 1967. Simultáneamente mantenía algunos seminaristas mayores en Trujillo.

Una de las primeras preocupaciones de los misioneros fue dotar a las parroquias de iglesia, casa cural y salones, y proveerlas de lo necesario para el culto y la catequesis. Las capillas nuevas quizá llegaran al millar —en 1995 sólo en Chota llegaban al centenar—, a las que convirtieron en centros de agregación social y de vida cristiana.

Cuando las necesidades espirituales más perentorias quedaron satisfechas, volvieron sus ojos a las sociales. Gracias a su esfuerzo personal y a sus gestiones ante organismos públicos fueron surgiendo escuelas rurales, centros de salud, acueductos, desagües, puentes, cooperativas de ahorro y crédito, una planta hidroeléctrica, etc.

Los primeros misioneros implantaron un método de trabajo de corte individualista. Pero pronto percibieron que ese método no se avenía con las directrices del Vaticano II y chocaba con la reflexión comunitaria que se estaba desarrollando en la orden. En consecuencia, comenzaron a programar convivencias para examinar la realidad, implantar la reforma litúrgica y compulsar proyectos comunes. Sin apenas advertirlo, echaron las bases de una pastoral de conjunto e incluso de una auténtica vida común. Los religiosos quedaron encuadrados en centros de tres o cuatro miembros.

## La lucha por la supervivencia, 1973ss

Ésta es una etapa compleja, difícil de reducir a un denominador común. La ilusión y la desesperanza se alternan sin interrupción. En general, prevalece el pesimismo. Los gérmenes negativos de la etapa anterior saltan a la superficie y se apoderan de la escena. Para muchos ha sido una época de sufrimiento, pero, como casi siempre, este sufrimiento ha traído también bienes. Ha planteado interrogantes, ha abierto horizontes más amplios y ha movido a buscar soluciones en la tradición de la orden. Con todo, esos esfuerzos resultaron insuficientes. Fueron demasiado teóricos. El recuerdo y la reflexión prevalecieron sobre la praxis y la aplicación a la vida de cada día.

Estos años contemplan una paulatina apertura a las vocaciones autóctonas. En 1974 se reabre el seminario de Palmira, pero en 1980 el provincial todavía deploraba la escasa implicación de los religiosos en la promoción vocacional. Luego creció el interés. En 1988 se abrió un centro en Barquisimeto para estudiantes más avanzados, que a los cuatro años se trasladó a Caracas.

Los novicios venezolanos han viajado unas veces a Perú; otras, a Colombia, y desde 1999 a España. Los frutos quizá no hayan respondido a los esfuerzos. En 1985 la provincia contaba con 8 religiosos venezolanos; en diciembre de 1997 habían subido a 20. En diciembre del 2003 eran sólo 15.

En Perú la promoción vocacional comenzó en 1980, cuando la comunidad limeña de Santa Rita acogió a los primeros postulantes. En 1990 la nueva casa de Pachacámac, situada a unos 30 kms de Lima, acogía la primera tanda de novicios. En 1992 la vicaría completó su estructura formativa con la erección del postulante *Beato Ezequiel Moreno* en el barrio limeño de San Miguel.

Mientras tanto la escasez de vocaciones imponía la clausura del colegio de Logroño (1990) y su transformación en residencia para la tercera edad (1991). En adelante, las contadas vocaciones españolas se formarían en Salamanca, donde desde 1981 funcionaba un seminario menor.

Hubo, pues, que pensar en reducir el campo de trabajo. Los capítulos de 1978 y 1981, haciéndose eco de esa necesidad, aplaudieron los esfuerzos de los misioneros de Chota por armonizar el trabajo pastoral con la vida comunitaria y mandaron cerrar algunas casas. En 1978 se dejó la parroquia de Macuto, regentada por la provincia desde 1918, y los párrocos de Santa Rosa del Agua, Puente Real y Palmira se reintegraron a las comunidades de La Consolación, San José y Palmira, respectivamente. En mayo de 1999 entregó al obispado las dos parroquias de Puerto Cabello.

En Chota el repliegue, iniciado en 1974, se vio favorecido por la disponibilidad de clero secular. Entre 1978 y 1998 le traspasaron las parroquias de Pimpincos, Santo Tomás, Querocoto, Sócota, Cochabamba, Querocotillo, Cutervo y Tacabamba.

En España, en cambio, la provincia ha ensanchado el campo apostólico, aunque no en la medida de sus deseos. En abril de 1972 asumió la administración de la parroquia madrileña de Santa Florentina, en cuyo territorio surgió después la de San Antonio de las Cárcavas. Desde 1977 la comunidad de San Millán atiende las de Berceo, Estollo y San Andrés. Durante tres años la de Salamanca sirvió las de Parada de Rubiales y Pedroso de Armuña. Los bajos del convento sirvieron de sede al colegio Nebrija entre 1975 y 1992, y de 1977 a 1981 otro piso alojó a los alumnos de una escuela hogar. Últimamente funcionan en el convento un internado de niños y desde 1998 una residencia universitaria. También ha acogido durante todo el periodo cursos, seminarios y jornadas de la orden.

Hay que mencionar también la creciente actividad cultural y social de la comunidad de San Millán. La celebración del *Año Emilianense* en 1974 le dio relieve nacional. En 1997 el monasterio fue declarado

patrimonio de la Humanidad, y la autonomía de la Rioja lo ha convertido en símbolo y escaparate de su identidad regional.

En Venezuela los religiosos han seguido repartiendo el tiempo entre los colegios y las parroquias. Los primeros han mejorado notablemente sus instalaciones y han aumentado su matrícula. De 3.345 en 1970 ésta ascendió a 5.600 en 1992. Hoy se enfrentan a una grave crisis.

En el ministerio parroquial los cambios de mayor relieve han sido la culminación de las iglesias de Barquisimeto (1975) y Maracay (1991) y su irradiación apostólica, que ha desembocado en la creación de sendas parroquias. La comunidad de Maracaibo construyó en la parroquia de Santa Rosa del Agua una iglesia dedicada a santa Rita (1991) con casa cural, salones, servicios sociales y varias capillas. En ese mismo año puso la primera piedra de un nuevo complejo dedicado a san Onofre, que quedó ultimado en 1999. Últimamente es la residencia oficial de la comunidad maracucha.

<b>Año</b>	<b>Religiosos</b>	<b>Sacerdotes</b>	<b>Año</b>	<b>Religiosos</b>	<b>Sacerdotes</b>
1948	99	85	1981	156	140
1956	141	83	1985	156	127
1958	151	88	1989	150	121
1962	174	103	1992	157	120
1966	198	134	1998	131	101
1970	192	152	2003	120	104
1975	190	149			

## **Actualidad**

A fines de 2003 la provincia tenía 120 religiosos, distribuidos en 23 comunidades y dedicados a labores ministeriales (27 parroquias), educativas (7 colegios y 4 seminarios) y misionales (prelatura de Chota). Atienden también el templo de San Agustín en Caracas, el santuario de la beata María de San José en Maracay (Venezuela) y la casa de retiros de Pachacámac en Perú. Diez comunidades estaban radicadas en Venezuela, ocho en Perú y cinco en España. Los religiosos procedían de cuatro países: España (84), Perú (19), Venezuela (15) y Colombia (2). Dos religiosos eran miembros de la jerarquía eclesiástica peruana. Uno era obispo de Cajamarca y el otro obispo-prelado de Chota. En 2005 el de Chota fue promovido a la diócesis de Cajamarca, siendo substituido en Chota por otro religioso de la provincia: el padre Fortunato de Pablo.

## **Sede de la curia provincial**

Calle Huesca, 33  
28020 Madrid